

El once inicial

(A Miguel Arretxe: mucho más que aficionado.)

NÚMERO UNO: EL BALÓN

El balón salió del campo de Larzábal: revoloteo de gorriones por encima de la grada. Fiú. Silbó el defensa. Fiú: respondió el aire. Fiú, fiú, silbaron algunos espectadores. Corrieron los chavales, tres, cuatro, una docena, a buscarlo en la carretera. ¿Un cigarrillo? Trae. Deja, deja, ya tengo fuego.

Me lo regaló la hija. ¡Animal! (Por el defensa.) Tendrán que poner redes. O vallas. O hacer un campo cubierto. ¡Animal! (Ahora por él.) Regresa la expedición. La cabeza más bien baja. Sin balón. ¿Y el balón? Se encogen de hombros y se hacen más pequeños de lo que son. No hay balón.

A escasos cientos de metros, frente a la luz roja de un semáforo de la alameda, la ranchera del viejo Fito guarda en su caja abierta la respuesta al misterioso enigma.

Pi. Pipirripipi. Se reanuda el partido. Salta un balón por otro.

Amarillo y verde: la camioneta sigue su camino.

Si le paro es porque llueve, y porque me recuerda a mi chico. Bueno. Mi hijo no es tan negro como éste. Sube chaval. Es una nube de nada. Se acomodó en la caja del vehículo. El viejo Tito y el autoestopista brasileiro. El viaje al sur suele ser muy largo. Un negro, un balón, y muchos kilómetros por delante.

Empezó a acariciarlo, tímido, con un pie. Luego, con el otro, lo fue tocando. Tap. Tap. Tap. Rodillas. Hey. Con la cabeza, los hombros... y más... y así empezó una leyenda.

NÚMERO DOS: EL MARCADOR

El marcador no tiene decimales. Ni para el casi gol del primer tiempo, ni para hacer justicia al golazo del final. Es un marcador de todo o nada: marcador sin decimales. El marcador de Larzábal es como las calculadoras del todo a cien

NÚMERO TRES: EL ÁRBITRO

El árbitro, buenas tardes, buenas tardes, llegaba al campo en coche. El árbitro, mala tarde, volvió a su casa sin coche. Otro domingo, el árbitro, buenas

tardes, buenas tardes, llegaba a Larzábal en moto. Y después, mala, pero que muy mala tarde, volvió a su casa sin moto. A veces llegaba andando, y se marchaba corriendo. Buenas tardes, mala tarde. El árbitro tiró el silbato y que arbitre vuestra madre.

NÚMERO CUATRO: EL BANQUILLO (Canción.)

El banquillo, nena, es muy duro para mí.

Necesito hierba y sudor para vivir

Lo mío son las bandas, por las bandas hacia el gol.

Lo mío son las bandas, las bandas de rock and roll.

El míster no lo sabe pero yo soy el mejor.

Mis botas enloquecen junto a la piel del balón.

Tú me has visto dibujando garabatos sobre ti.

En algunos campos sé jugar con frenesí.

Lo mío son las bandas, por las bandas hacia el gol.

Lo mío son las bandas, las bandas de rock and roll.

El banquillo, nena, no es buen sitio para mí.

Soy un alma en pena sin razón para seguir.

Necesito el cambio, dame otra oportunidad.

Te prometo goles imposibles de olvidar.

NÚMERO CINCO: LA CAMISETA

La camiseta, aquella camiseta, en vez de sal sudaba sangre. No siempre.

Sólo los primeros domingos de cada mes. Como las reliquias verdaderas, que imponen su ritmo al milagro. Además de los incondicionales, el campo se llenó de peregrinos: gentes de todos los rincones del planeta que dejaban el café y el telefilm de la tarde para asistir al milagro de la camiseta.

Un historiador local aseguraba que estábamos ante la misma prenda que vistió el Niño Jesús, antes de su vida pública, cuando jugaba como defensa en el Club de Fútbol Nazaret. Pero los pocos testimonios gráficos que aportó no eran demasiado fiables.

Científicos de todo el vecindario analizaron minuciosamente la increíble camiseta en el laboratorio del club y llegaron a esta científica conclusión: es increíble. Eso dijeron: es increíble. Y nadie les creyó.



18-05-97: Momento de júbilo al final del partido contra el Arratia y proclamarse campeones. Txutxi, Oscar González, Juliá, Joxan Azanza, A. Juambeltz, Irazoki, Tatxi, Peral, Iurgi.

Todos los jugadores saltaban al campo a sudar la camiseta. Y el primer domingo de cada mes, una de ellas sudaba sangre.

Esta historia es todo verdad. Y todo mentira. De todo tiene.

NÚMERO SEIS: EL CÉSPED

El césped venía en rollos de césped. Como los pasos de alfombra en un palacio de montaña. Rollitos verdes de primavera. Canuto de yerba enrollada sobre sí misma. Rollos de césped. Las rayas del campo, pintadas sobre él: bandas, el medio del campo, y las áreas grandes y las más pequeñas. Mil quinientas piezas: un puzzle gigante. Rompecabezas de piezas vegetales.

Hay que empezar por las esquinas, dijo alguien asumiendo el mando de la empresa. Lo sé porque un amigo, aficionado a estos quehaceres, dice que lo primero son las esquinas. Pasaron dos semanas hasta que estuvieron colocados los cuatro córners. Luego las líneas del fondo, después las bandas. Y así, hacia el interior, hasta llegar al punto central.

Mañana hará tres meses que pusimos la primera pieza.

¿Difícil? No. Pero bastante entretenido.

NÚMERO SIETE: EL DISPARO

El disparo mandó el balón a las nubes. Heidi lo devolvió.

Una tarde, palabra, disparé con tanta fuerza que el balón alcanzó la velocidad de la luz. ¿y qué pasó? Metí un golazo pero nadie lo vio.

A la velocidad de la luz los goles ni se ven. Ni los goles, ni el tocino.

¿Comprendes? Bueno, eso es muy relativo

NÚMERO OCHO: LA PORTERÍA

La portería es demasiado grande, dijo la madre del portero.

Pero si es pequeñísima, replicó la madre del central.

Es un agujero enorme. Un vacío absoluto.

¿A tres palos llama agujero? Tres obstáculos es una portería. Y siguieron discutiendo.

Portería: boca abierta dispuesta a devorar balones.

Eso dijo el hermano del portero, aficionado a los aforismos y a la buena poesía.

NUMERO NUEVE: EL PUNTO DE PENALTI

El punto de penalti es un puntito en el mapa, situado en las mismas coordenadas donde, según los expertos de la nasa, iba a impactar un cometa que erró su órbita hace tres mil quinientos dieciséis años.

¡Ya es casualidad! Murmuró el número siete cuando el árbitro pitó penalti y señaló el punto fatídico.

Locales y visitantes dirigieron su vista al cielo, tratando de divisar el astro errante. No vieron mucho. Tan sólo un puntito de luz más lejano aún que los aviones plateados de vuelo regular. Silencio. El silencio absoluto que precede a los penaltis. Cogió, el número siete, el balón con ambas manos.

Lo dejó sobre el punto marcado en el césped.

No le dio tiempo de tomar carrerilla: primero el balón, luego el cometa, de la cabeza hasta la cola, fueron succionados por el punto de penalti.

El árbitro consultó con el juez de línea. El juez de línea con el otro juez, y este con un directivo de la NASA que estaba viendo el partido.

Un agujero negro (lo que yo decía) el punto de penalti de Larzábal.

NÚMERO DIEZ: EL JAMÓN

El jamón, el jamón. Hay números para el jamón.

El jamón le tocó a Miguel. Sí, hombre, uno alto que canta en la coral. Después de un millón de tardes en Larzábal, el touring cero a cero, una mano inocente y la pata negra del jamón. Una vida alfombrada de boletos arrugados sin premio, y cuando menos lo esperaba, mira tú por dónde.

Menudos bocadillos nos vamos a comer, Miguel. Unos cuantos, la verdad.

¿Dejarás algo a los amigos? Algo dejaré. Y así. Penalti. ¿Qué? En el último suspiro. Penalti. ¡Hay que joderse! o ¡La hemos jodido! ¿Dónde vas exagerao? Toma demasiada carrerilla. El portero se aguanta las ganas de salir corriendo. Pis, pas, la estirada y el paradón. Larzábal se viene abajo y arriba y a cualquier lado. Y Miguel salta al césped, y sin decir nada, ni escuchar a nadie regala al portero el jamón, su jamón, el que le había tocado.

NÚMERO ONCE: EL PITIDO FINAL

El pitido final sonó largo y triste como las nubes rojas que dormitan allá en lo lejos. Piiii.

El tren parte destino al lunes.

Atrás, cada vez más pequeña, la tarde del domingo.

Los deberes sin hacer y el Touring ha empatado a cero.